

Necesidades básicas en México. Un ensayo pionero

Araceli Damián*

El enfoque de Necesidades Básicas (NB) que es una forma de abordar el desarrollo, buscando que éste se oriente a la satisfacción de aquéllas, tuvo su auge en los sesenta y setenta. En México, uno de los trabajos pioneros fue el de Cynthia Hewitt de Alcántara (“Ensayo sobre la satisfacción de las necesidades básicas en México, 1940-1970”, en Marc Nerfin, comp., 1978, *Hacia otro desarrollo: enfoques y estrategias*, México, Siglo XXI editores, pp. 177-272.) La autora centra su análisis en el periodo de la posguerra (1940-1970). Su interés no es establecer el porcentaje de población pobre, sino evaluar los avances en la satisfacción de necesidades básicas en México.

Hewitt no define cuáles son las necesidades básicas a las que todo mexicano tiene derecho. Varios de sus apartados abordan los determinantes de la satisfacción de las necesidades básicas (las garantías constitucionales; el gasto público en el sector social; el empleo o actividad generadora de ingreso o bienes para el autoconsumo; precios y salarios; y la distribución del ingreso). Asimismo, su concepción de necesidades básicas se refleja en los restantes apartados (nutrición; vivienda, drenaje y agua potable; salud y educación).

La autora critica los análisis basados exclusivamente en el ingreso, dado que no necesariamente reflejan la satisfacción de las necesidades básicas. Hewitt plantea que si bien los datos disponibles apuntaban hacia un aumento del salario real (del mínimo, más no del promedio), y del ingreso total del hogar; esto más bien mostraba más una generalización de los sistemas de intercambio basados en el dinero que un aumento en el nivel de vida de los hogares.

De acuerdo con ella, en el periodo 1940-1970 el proceso de industrialización generaliza la proletarización y, por ende, la economía se transforma de una basada en la autoproducción a otra dependiente de los ingresos monetarios. Su crítica la basa en distintos aspectos.

Por un lado, señala que el sector rural sufrió desatención. Plantea que la disminución de las tasas de mortalidad (por la utilización de la inmunización en masa, por ejemplo) trajo consigo un aumento acelerado de la población rural, lo

que se tradujo en un desequilibrio entre tierra cultivable y presión demográfica. Esto, aunado a un reparto agrario insuficiente (que consistió sobre todo de tierra no cultivable) y la falta de apoyo para la modernización de los pequeños productores, provocaron un éxodo masivo campo-ciudad.

Por otro lado, de acuerdo con Hewitt, los estudios sobre empleo mostraron que si bien en los años cuarenta y cincuenta el empleo en las ciudades creció con suficiente rapidez para absorber a los migrantes, a partir de 1960 esta situación se revierte, y los empleos nuevos son sobre todo temporales y mal remunerados (vendedores ambulantes, niños boleros, cuidadores de autos, jardineros, sirvientes, etc.)

En lo que se refiere propiamente a las necesidades básicas, la autora inicia con el análisis de la nutrición. Sostiene que los datos mostraban un aumento de ésta entre 1940-1970. Es difícil evaluar este hallazgo dada la escasa información con la que se contaba y su dudosa calidad. Hewitt presenta un cálculo de la cantidad de calorías y proteínas por persona (y por día) que el volumen de alimentos comercializados proveyó. Se estimó que la disponibilidad de calorías aumentó de 1991 a 2623 y de proteínas de 54.3 a 80 gramos en el mismo periodo. Pero argumenta que ello se debe al aumento de productos consumidos por las clases medias y altas (frutas, vegetales y productos animales), mientras que se redujeron los cereales y leguminosas, de los cuales depende la satisfacción de las necesidades nutricionales de la mayoría de los mexicanos. Refuerza su argumento presentando un trabajo que muestra una reducción en el consumo mensual per cápita de alimentos (basado en las encuestas de ingresos y gastos de los hogares) de la población de más bajos ingresos entre 1963 y 1968.

En lo que se refiere a vivienda calcula un déficit de aproximadamente 4 millones de unidades en 1970. Plantea que el problema es más grave en las ciudades que en el campo, dado que “la cercanía al campo abierto en los asentamientos rurales hace que lo reducido de la vivienda allí sea menos nocivo a la salud mental y física que en las áreas urbanas, así en el caso de las comunidades rurales pequeñas la necesidad de contar con fosas sépticas dentro de las casas no es tan apremiante como en la ciudad” (p.243)

En cuanto a la satisfacción de la necesidad de salud subraya el abandono de las zonas rurales y de la medicina preventiva a favor de la atención de las masas urbanas y de la medicina curativa. Aunque señala los avances de las campañas de inmunización, así como la reducción de la mortalidad debida a enfermedades infectocontagiosas y respiratorias (que afectan más a los sectores de bajos ingresos), su posición es crítica ya que ello no “necesariamente mejora el bienestar físico y mental de un creciente número de ciudadanos que sobreviven a las epidemias sólo para vivir en la miseria” (p.244)

En lo que se refiere a educación, critica la poca atención hacia el medio rural y que los programas de educación reprodujeran las desigualdades sociales, dando prioridad a la educación media y superior, dejando la educación básica en un estado lamentable. Según la autora, una parte importante de la población “alfabeta” tenía muy limitadas habilidades para leer y escribir.

En cuanto al porcentaje de población pobre por ingreso, acepta una estimación de la Organización Internacional del Trabajo que estimaba que en 1968 el 41% de los hogares no podía lograr una dieta adecuada, mientras que rechaza otra estimación de 1970 que establecía que el 87% de la población mexicana vivía en la pobreza (hogares cuyo gasto en alimentos, vivienda y vestido sobrepasaba el 70% del total).

*Profesora-Investigadora, El Colegio de México
adamian@colmex.mx